

cumplo mi vocación. Luego sugirió a sus misioneros fidelidad en las pequeñas cosas para asegurar la fidelidad en las decisiones más importantes. Desplazándonos por la *Vida Espiritual*, inmediatamente nos damos cuenta de lo importante que era esta convicción suya. He aquí algunas de sus expresiones, recogidas en sus conferencias, que encuentran su raíz común en la “fidelidad”:

- *Los miembros de nuestro Instituto deben realizar su santificación con fidelidad a las pequeñas cosas. ¡Que Dios os haga comprender bien esta lección y os infunda su gracia!*
- *Fidelidad incluso a las reglas más pequeñas; por lo tanto, observarlas todas, en su totalidad, hasta en los detalles más minuciosos. Cada pequeña regla tiene inherente una gracia de Dios.*
- *Fidelidad a las prácticas de piedad realizadas en comunidad, ya que en la oración comunitaria hay más bendición de Dios.*
- *Fidelidad al cumplimiento de las funciones particulares: y seguirlas con compromiso y desapego; no buscar, como la oportunidad se presenta tan fácilmente, la propia conveniencia.*
- *Fidelidad al buen uso del tiempo: ocupándolo por completo e intensamente; empleando en ello todo nuestro poder, nuestra voluntad y aptitud.*

Para la reflexión personal

- ¿Cómo y dónde me esfuerzo por expresar el “más” de Allamano en mi vida?
- ¿Vivo el “más” buscando la calidad de mis acciones o la acumulación de ellas?
- ¿Encuentro que el “*nunc coepi*” califica las acciones de mis días?



El 17 de febrero de 1926, el periódico turinés *Il Momento* escribió: “La vida del canónigo Allamano no se cuenta con el calendario, sino en su intensidad espiritual, en su espíritu superior, en la rectitud de su carácter, en el reflejo de un bien cumplido y silenciosamente estratificado a la sombra de su amado Santuario. No era el hombre de la ostentación. No era el hombre elocuente. Era el hombre del silencio activo”.¹

La búsqueda de la calidad de vida, el esfuerzo por hacer bien y así ser “extraordinarios en lo ordinario”, el “silencio activo”, la energía y el entusiasmo, fueron siempre los aspectos característicos de su estilo de santidad que, hablando a sus misioneros, calificó como “nuestra santidad”. Descubrió este “estilo” al acercarse en particular a la vida y enseñanza de su santo tío, José Cafasso. Quería hacerla suya, no solo porque era compatible con su personalidad, sino porque estaba cuidadosamente estudiada, investigada y cultivada. Lo impregnó de virtudes cristianas y fuertes referencias evangélicas hasta el punto de hacerlo característico de toda su vida y ministerio sacerdotal.

¹ I. Tubaldo, *Giuseppe Allamano*, I, p. 692.

Así explicó a los aspirantes a misioneros la frase de Mc 7,37 “*Todo lo hizo bien*”: “Estas tres palabras [*bene omnia fecit*] merecen ser escritas en las paredes de nuestras casas y deberían poder escribirse en la lápida a nuestra muerte: todo lo ha hecho bien”.² Y explicó cómo algunas personas siempre buscan cosas grandes y extraordinarias, mientras que Dios está presente tanto en las cosas grandes como en las pequeñas, por lo que debemos tener cuidado de hacer todo siempre bien. Los santos son santos no porque hayan hecho milagros, sino porque *hicieron todo bien*.

El Fundador sintió que pedía a los miembros del Instituto “más” y una mayor calidad de vida, precisamente en virtud de su vocación misionera específica. Por ejemplo, el 19 de agosto de 1917, dirigiéndose a los Misioneros de la Consolata, dijo: “Amen a nuestro prójimo más que a nosotros mismos. Para un misionero debe haber más”.³ El 16 de noviembre de 1916, hablando a los misioneros sobre la santidad, se preguntó: “¿Y cuál debe ser esta santidad? mayor que el de los simples cristianos, más alto que el de los simples religiosos, distinto del de los sacerdotes seculares. La santidad de los misioneros debe ser especial, incluso heroica y en la extraordinaria oportunidad de hacer milagros. Continuando con la misión de los Apóstoles, deben ser capaces de aplicar las palabras de Nuestro Señor Jesucristo y las obras”.⁴

Ilustrando las virtudes individuales necesarias para el misionero, a nuestro Santo le gustaba enfatizar el valor de cada una y calificarlo como el más importante. Lo que le interesaba era acentuar su importancia. Una mirada global a su enseñanza sobre la necesidad de llegar a ser santos nos permite captar dos actitudes complementarias de este “más” en las que el misionero debe estar equipado.

1. Calidad

Partiendo de la observación de que una “normalidad” espiritual rebaja el tono de nuestra vida y la eficacia de nuestra evangelización, el IX

Capítulo General del IMC planteó la calidad de vida como el objetivo hacia el que tender con decisión: “Creemos que, a la luz de la vida y de la enseñanza del Padre Fundador y de las exigencias de la misión, la calidad es un requisito esencial que debe tenerse siempre presente en todas las etapas de la vida del misionero”⁵ (p. 41).

Allamano llamó a esta búsqueda de calidad de vida “nuestra santidad”. Nos lo inculcó a los misioneros de la Consolata hasta convertirlo en nuestra “fisonomía”. Debe comenzar ante todo con la búsqueda cuidadosa y escrupulosa de todos los medios que nos ayuden a caminar decididamente hacia la santidad, cumpliendo bien todos nuestros deberes. Debe influir entonces en el celo apostólico, manteniendo siempre vivo el “fuego interior”.

Fuego, celo apostólico, ardor, gastarlo todo por los demás, eran expresiones típicas de Allamano para describir la actitud indispensable de todo misionero. Para él, el fuego significaba el amor que debe arder en nosotros y que identificaba con la expresión paulina “*Charitas Christi urget nos*” [el amor de Cristo nos impulsa] (2 Cor 5, 14). Todo brota del amor: “Hay que tener tanta caridad que se dé la vida. Los Misioneros estamos dedicados a dar nuestras vidas por la salvación de las almas. Amar a nuestro prójimo más que a nosotros mismos debe ser el programa de vida del misionero”.⁶ Sin este amor no habría realidad, no habría sustancia del hombre apostólico, y todas nuestras reflexiones serían pura academia y las resoluciones previstas quedarían en letra muerta.

2. La fidelidad y el “*nunc coepi*”

Una precaución que nuestro santo todavía aconsejaba a sus misioneros para cultivar su vocación era vivir intensamente y bien cada día y cada momento con el “*nunc coepi*”. De hecho, el tiempo de nuestra existencia se desarrolla momento tras momento, día tras día. El pasado ya no existe, el futuro aún no está ahí, solo me queda el presente para realizar mi existencia: debo vivirlo bien, dando sentido a todo lo que hago, seguro de que de esta manera cumplo la voluntad de Dios y

² *los quiero así*, n. 5.

³ *Conferencias MC*, II, p. 124.

⁴ *Conferencias IMC*, II, p. 81.

⁵ *Actas IX Capítulo General IMC*, p. 41.

⁶ *Vida Espiritual*, 461.